

CAPITULO LXXXIII

CUBA (1)

DEL ZANJÓN Á BAIRE.

«De un cabello está pendiente la desunión de las indias de la corona de V. M.» escribió en el siglo XVII el Marqués de Varinas á Carlos II.

El aviso ha sido repetido muchas veces.

Los que lo han dado han atribuído al hecho que predecían por causa nuestros errores.

«Dicen que anda mal lo de América, afirmaba el P. Alvarado en 1811, y yo creo que no puede andar bien, pues calculo que aquello se perderá, como se han perdido otras cosas, y para ello me basta haber visto las caras de los americanos que por aquí andan, y la inocencia con que se reciben sus planes.»

Preciso es reconocer que sobre todos nuestros errores, había un motivo de orden natural para que perdiéramos Cuba, como habíamos perdido los demás territorios americanos, y es el que se desprende de las manifestaciones de los muchos que observaron de cerca el carácter de los cubanos.

«Si la Isla de Cuba no se ha hecho ya independiente, decía el general Tacón, no ha sido por falta de voluntad, ni de trabajos de sus naturales... Preciso es no hacerse ilusiones sobre la opinión de estos naturales, que llevan, digámoslo así, en la masa de la sangre su tendencia á sacudir la dominación española.»

Y el general Polavieja registraba en 1879 que «se mantenía vivo en los isleños el sentimiento de independencia, manifiesto en las conversaciones, en las fiestas, en la prensa y en las conspiraciones.»

Puede asegurarse que de todos modos hubiéramos perdido nuestras colonias. Sólo hubiéramos podido retenerlas á nuestro lado, afirmando su personalidad y asegurándolas su independencia en lo propio; es decir, haciéndoles experimentar ventajas por su unión á la Metrópoli, superiores á las que pudiera proporcio-

(1) Véase el apartado IV, Capítulo LIV, Tomo IV.

narles su completa separación. Un régimen federativo hubiera sido el único remedio contra la labor separatista (1).

Lo que nuestros errores hicieron fué precipitar lo que debía suceder. Ni ansiosos porque nos abandonaran nuestras colonias hubiéramos seguido conducta más á propósito que la que seguimos para conseguirlo.

«Los españoles y sus gobiernos no se han enterado de que la Isla de Cuba de hoy no es la de hace cuarenta años, ni mucho menos la de hace un siglo. Los naturales que han adquirido aptitudes para gobernar, no gobiernan; y los peninsulares que se han gastado en una larguísima dominación, reinan y gobiernan como soberanos. Como aquéllos son en mayor número que éstos, según el Censo, lo lógico será que, si se presentan circunstancias favorables á sus intentos, procuren alcanzar de nuevo, por la fuerza, lo que no alcanzaron en la guerra que terminó por el convenio del Zanjón (2).

A esta falta así acusada en 1896, falta de un orden puramente político, hay que añadir tantas de orden ético, capaces de comprometer el imperio más seguro, que su sola enumeración nos entretendría demasiado.

Cuba fué durante mucho tiempo tierra de promisión para los fracasados de todos géneros.

Allí se enviaba á enriquecerse rápidamente á los que no lo habían sabido conseguir por el esfuerzo de su trabajo, y muchos que no debieran haber andado libres aquí, eran allí enviados con pingües destinos.

Era ya corriente considerar que bastaba á justificar toda fortuna el hecho de que su poseedor hubiera sido empleado en Cuba. Nadie se detenía á preguntar la índole ni la cuantía del destino.

Gustavo Le Bon, en su *Psicología del socialismo*, habla de un general español que depositó en Bancos, al regresar de una colonia en que había ejercido mando supremo, de 12 á 15 millones de pesetas, y se pregunta: ¿cómo pudo ahorrar esta cantidad con un sueldo anual de 200,000 francos?

El Marqués de la Habana refiere en una de sus Memorias que separó de su destino á un empleado que en trece meses y con un sueldo modestísimo había logrado reunir 9,000 pesos. Este empleado volvió á Cuba dos años más tarde ascendido, según datos que obran en el extinguido Ministerio de Ultramar.

«Tiempos se dieron, dice Damián Isern (3), en que las credenciales se repartían por provincias, por distritos, y los caciques las recibían en blanco para mejor destinarlas, según sus necesidades, sus gustos ó su codicia, sin que levantaran la más insignificante protesta procederes tan reprensibles, y más que reprensibles criminales.»

(1) Nótese el contraste que respecto de Cuba ofreció siempre Puerto Rico. La legalidad en Puerto Rico era la reforma administrativa descentralizadora, decretada en 1870 y llevada á cabo por el Gobierno de la República española en 1873.

(2) *Kölnische Zeitung*, de 27 de Febrero de 1896.—Nota del libro *Del Desastre nacional y sus causas*, por don Damián Isern.

(3) Obra citada.

«A caciques bien caracterizados se ha oído referir el caso de un elevado funcionario que, al día siguiente de ocupar el cargo, les envió, para que las repartiesen á su gusto entre sus adeptos, cincuenta credenciales en blanco.»

El mismo don Damián Isern, escribe á modo de resumen de sus juicios sobre nuestra política en Ultramar:

«De aquí que no pueda sorprender lo ocurrido: en materias de Hacienda, nuestras posesiones de Ultramar apenas han proporcionado ingresos al Tesoro de la Península, cuando se los han proporcionado, y cuando no, le han costado enormes cantidades, así durante el régimen antiguo como en el nuevo (1); en materias comerciales, la debilidad en ocasiones y á veces la torpeza, han abierto mercados en dichas posesiones á productos extranjeros, principalmente norteamericanos, con perjuicio evidente de los productos nacionales, en algunos casos sin beneficio positivo de los insulares; en materias militares, no se han artillado debidamente los puertos, con excepción del de la Habana, ni se han construido dentro de las islas aquellos fuertes que pudieran haber dificultado las insurrecciones, ni se han tenido en Cuba las fuerzas necesarias para sofocar, al nacer, todo intento de rebelión, según se vió cuando el caso de Baire; en materias de marina, se gastó en pequeños buques, que no han podido impedir, por su poco andar, ni un solo desembarco importante de expediciones filibusteras, y se olvidó que no es posible tener colonias sin escuadras poderosas que las tengan á cubierto de las codicias extranjeras; y mientras se gastaban millones en cosas inútiles, cuando no perjudiciales, ó no se construían buques de combate, ó cuando se construían resultaban de algún modo deficientes ó inservibles, ya por defectos de construcción en su casco ó en sus máquinas, ya por falta de estabilidad á causa de deficiencias de cálculo en el proyecto, ya por anticuados antes de prestar servicio por el lapso de tiempo transcurrido desde que se puso la quilla hasta que se verificó la botadura, y desde ésta hasta la terminación de las pruebas.»

*
* *

Dibujáronse perfectamente después de la paz del Zanjón dos partidos en Cuba: el de la *Unión Constitucional*, formado en general de peninsulares, y el *Liberal ó Reformista*, compuesto de hijos del país. La fórmula del partido Reformista era «la mayor descentralización posible dentro de la unidad nacional».

En las Cortes de 1879 tuvieron estos dos partidos representación. El de Unión reunió hasta diez y siete diputados, y el Reformista siete.

Es evidente que era más numeroso el partido de los hijos del país; pero los

(1) Hace constar el señor Alzola en *El Problema cubano* que «la posesión de Cuba fué siempre muy gravosa para España, porque lejos de enviarle sus sobrantes, consumió, hasta el año 1817, 380 millones de pesos del situado de Méjico, y si desde entonces hasta el grito de Yara el desarrollo de su riqueza permitió la aplicación del superávit de sus presupuestos á algunas atenciones de otras colonias españolas ó á remesas al erario, no llegaron los reintegros á la tercera parte de las sumas recibidas».

procedimientos usuales en nuestros Góbiernos explican el milagro de que obtuviera mayor representación el partido incondicional español.

Nació á poco un tercer partido, disgregación de el Liberal ó Reformista: el partido Autonomista, el verdadero partido cubano.

Pedia este partido: «Una *Constitución propia*, en la que se consagrara el principio de *responsabilidad* respecto al gobierno, y la *representación local*, á fin de que en esta isla se resolvieran los asuntos relacionados con los intereses de las provincias cubanas.»

Propagandistas entusiastas de este partido fueron: Montoro, Govín, Eliseo Giberga, Juan Gualberto Gómez, José María Gálvez, Miguel Figueroa, José Antonio Cortina, Zambrana, Eudardo Yero y Sanguily.

Salió de Cuba para España Martínez Campos el 5 de Febrero de 1879 y pasó en su reemplazo á Cuba el general Blanco.

En Agosto de aquel mismo año estalló por Oriente la llamada *Guerra chiquita*, que terminó en 1880. Alma del movimiento fueron: en el exterior Calixto García,

que después desembarcó en *El Aserradero*, cerca de Santiago de Cuba, y en el interior José Maceo y Guillermo Moncada.

Con diferencia de días se lanzaron al campo entre otros: en *Holguín*, Belisario Peralta; en *Baire y Jiquaní*, Mariano Torres y Jesús Rubí; en *Baracoa*, Limbano Sánchez y otros; y en *Las Villas*, Serafín Sánchez, Emilio Núñez y Cecilio González.

Don Camilo Polavieja, que se hallaba al frente del departamento oriental, consiguió la capitulación á la mayor parte de esos jefes cubanos.

No fué esa la única tentativa insurreccional. En 1883 salió de Jamaica Leocadio Bonachea con una pequeña expedición. Fué capturado en aguas de Manzanillo y pasado por las armas, con tres de sus compañeros, en Santiago de Cuba.

En Mayo de 1885 desembarcaron en *Punta de Caletas* (Baracoa) Limbano Sánchez y Francisco Varona que, prófugos de España, á donde habían sido deportados, lograron reunir algunos recursos en los Estados Unidos.

Caro pagaron el intento, pues Limbano Sánchez y otros aparecieron muertos en una vereda, otros de los expedicionarios fueron fusilados y los que consiguieron salvar la vida, como Varona, condenados á cadena perpétua.

A Blanco sucedieron en el mando de la Gran Antilla desde 17 de Octubre



Antonio Govín.

de 1881 hasta 19 de Febrero de 1886 los generales Prendergast (1), Castillo y Fajardo (2).

Durante el mando de estos generales, continuaron en Cuba los mismos abusos de siempre, y los partidarios de la independencia de aquel país laboraron más que nunca. Contaron en los puertos americanos más próximos á Cuba con órganos en la prensa que propagaban sin cesar sus ideales. (*El Yara, El Separatista*, que cambió luego su título por el de *La República, El Avisador cubano*, etc., etc.) Máximo Gómez, Maceo, Crombet, el Doctor J. Luis y sobre éstos y otros el inteligente é infatigable José Martí, conspiraban sin cesar.

Creyó, como tantas otras veces, en ésta el Gobierno de Madrid, hallar remedio en la substitución del capitán general de Cuba y nombró á Calleja.

El mal, sin embargo, no podía con esto solo ni aliviarse.

Lo prometido por la paz del Zanjón seguía incumplido.

En otros órdenes no pasaba tampoco el Gobierno de buenas palabras.

«Yo deseo lo mismo que usted, escribía una vez el ministro de Ultramar, don Víctor Balaguer á Calleja, restablecer la moralidad en Aduanas y en todos los ramos. He escrito á usted, y vuelvo á escribirle que, sin consideración de ninguna clase, se suspenda, se forme expediente ó se mande á los tribunales al que falte, sea quien sea, y recomiéndelo quien lo recomiende. No debe haber consideración de ninguna clase.

Es posible, téngalo usted en cuenta, que el Ministro, por obedecer á altos compromisos políticos, y por evitar conflictos en un momento dado, se vea precisado á nombrar á alguien cuyos antecedentes no conozca. Pero ahí está usted, que los conoce, para obrar como corresponda.

Yo tengo gran confianza en usted, y le secundaré. Usted debe tenerla en mí y secundarme.»

A poco descubrióse un fraude importante en las oficinas de la Junta de la Deuda. El general hizo nombrar una Comisión investigadora. Comprobó esta Comisión la falsedad de algunos expedientes, que representaban un fraude de más de un millón de pesos en obligaciones de anualidades y otros desfalcos. En vano se quiso castigar á los culpables. Impidieronlo la influencia y recomendaciones de personajes de Madrid (3).

Nada de particular tiene que al bandolerismo de arriba siguiese el bandolerismo de abajo.

Grave la situación económica de Cuba, el bandolerismo que recorría sus campos, no era por un lado sino la consecuencia del mal ejemplo y del malestar general, y por otro y en muchos casos una forma de protesta y un toque de alarma que no todos los habitantes miraban con odio.

(1) Cesó en 28 de Julio de 1883.

(2) Nombrado en 20 de Octubre de 1884.

(3) Ortega Rubio.—Obra citada.

El partido separatista tenía su cerebro en Martí.

José Martí había nacido en la Habana el 28 de Enero de 1853. En 1869 sufrió ya persecuciones por agitador. Deportado á España, estudió en Madrid y Zaragoza las carreras de Derecho y Filosofía y Letras.

De España pasó á Méjico y Guatemala. Desempeñó en este último punto una cátedra de Literatura. Volvió á su patria después de la paz del Zanjón, y tanto llamaron la atención sus propagandas, que volvió á ser desterrado á España en 1879. Logró huir y no tardó en crear el partido Revolucionario Cubano, proclamado en los clubs de New Yorck y la Florida con entusiasmo delirante.

Propósitos de este partido eran:

«1.º Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

2.º Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra, y á la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden y deban ir en germen en ella.

3.º Propagar en Cuba el conocimiento del ejército y los métodos de la revolución y congregar á los habitantes de la isla, en un ánimo favorable á su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en peligro las vidas cubanas.

4.º Allegar fondos de acción para la realización de su programa, á la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

5.º Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan á acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la nueva República indispensable al equilibrio americano.

6.º El partido republicano cubano se regirá conforme á los estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo formen.»

Viajó Martí constantemente y puede asegurarse de él que consagró todas las energías de su existencia á la causa de la libertad de su patria.

La Florida, Santo Domingo, Costa Rica fueron visitados por él con inusitada frecuencia, y siempre con el mismo fin de aunar voluntades, de reunir elementos para la guerra.

Característica de la política de Martí es su propósito firmísimo de que la República cubana no perdiese en momento alguno su condición de pueblo eminentemente latino. Por eso temió siempre la intervención de los Estados Unidos y procuró desviarla. Desconfiaba Martí de los Estados Unidos. Acaso no era este recelo mismo una nueva manifestación de lo acendrado de su patriotismo.

«Meditaba tal vez, dice Ortega Rubio, que iniciado el movimiento revolucionario, las Repúblicas sudamericanas, invocando los intereses de raza, de lengua y de civilización, mediasen en el asunto y lograsen poner término á la guerra, con la independencia de Cuba, pero con ventajosas condiciones para España.»

La muerte de Martí, según más adelante verá el lector, no le consintió asistir al coronamiento de su obra.

Débele Cuba gratitud eterna, como el más abnegado de sus hijos.

No ha mucho hizo de Martí un notable periodista español, Julio Burell, tan tierna semblanza, que nos ha de agradecer quien nos lea su reproducción:

«¡Cuántos años ha!... Era yo casi un niño, y ellos comenzaban á ser jóvenes; conocidos en distintas fechas y en sitios diferentes; al uno en la ahumada biblioteca del viejo Ateneo, al otro en un salón exótico de la calle del Saúco. El uno era un endeble muchacho, callado, obscuro, no discutía con nadie ni de nada; acababa de estudiar la carrera de Derecho en Sevilla y Zaragoza, é indemnizaba de la mala prosa académica, leyendo horas y horas á Santa Teresa, á Rivadeneira, á Cervantes, á Calderón, á Quevedo...

»—¿Usted es cubano?—le pregunté una noche.

»—Cubano, sí, señor.

»Y hablamos de la guerra, en aquellos días terminada por la paz del Zanjón. Enredadas las palabras, fueron saliendo los pensamientos. Su expresión era pausada; débil la voz; los ojos, de mirar tranquilo y profundo. Sin levantar la voz, pero muy brillantes los ojos, díjome con firmeza:

»—Sí, soy separatista...

»Y me habló de su alma española, de su nombre español, de sus gustos españoles, de su amor por aquellos libros que en la destartada biblioteca infundían en su espíritu el espíritu de España.

«Pero España está aquí y España no está en Cuba. Allí, yo, que entre ustedes soy un igual, un compañero y un amigo, no seré sino un extranjero: viviré en tutela, sometido, sospechado; con todas las puertas cerradas á mi derecho, si pido justicia; á mi ambición, si legítimamente quiero ser ambicioso...» Quien así me hablara llamábase José Martí, y pasó por el Ateneo sin dejar recuerdo ni huella.

»Muchos años después yo preguntaba por él á los jóvenes diputados autonomistas de Cuba: á Montoro, á Figueroa, á Giberga, á Zambrana. Sonreían con indulgencia. «¡Bah! Marchó de Cuba. No tenía fuerza... Quiso ser diputado... No le hicieron caso... Y allí en Nueva York publica una hoja separatista... Pero el separatismo es una extravagancia... El pobre Martí es hombre muerto...»

»Transcurrieron más años. El «pobre Martí» funda clubs insurrectos en todo el territorio de la Unión americana; escribe la Constitución para Cuba; organiza las Cajas de la Revolución; envía las primeras expediciones á la manigua, y cuando desembarca y muere en Dos Ríos, ¡qué de cosas van á ser enterradas con su cadáver!



José Martí.

» Aquel muchacho endeble y oscuro, que, hablando en voz baja y con la mirada intensa y brillante, exclama en los pasillos del Ateneo: «¡Soy separatista!», representa para España un ejército de doscientos mil hombres destrozado, dos escuadras destruidas, dos mil millones arrojados á los cuatro vientos, la pérdida de un imperio colonial, el cruento calvario de París; todo lo que hoy nos llega al alma; todo lo que unos y otros ya lloramos como catástrofe, ya lloramos como vergüenza.»

Se explica que la opinión cubana se dividiera entre los dos extremos: el partido de unión constitucional y el revolucionario, el español y el separatista, y que á la hora en que pudo con franqueza dibujarse el segundo, el autonomista, no representase sino un término medio, una solución ecléctica que á la altura á que habían llegado las cosas no satisficiera ni á unos ni á otros.

El partido incondicional español tuvo en sus manos la clave del problema. El partido autonomista hubiera sido el disolvente de las dos contrarias tendencias, si España se hubiese puesto decididamente á su lado. Pero no se sabía ver aquí toda la gravedad del mal y se juzgó patriotismo lo que no era en el fondo sino egoísta defensa de bastardos intereses.

El partido de unión ó español incondicional no aceptó el cable que le tendía el autonomista, y los cubanos no tuvieron donde escoger. El revolucionario, el separatista, colmaba todas sus aspiraciones: con él había de estar el corazón de Cuba.

El partido autonomista vino tarde, porque no se le dejó nacer antes, porque fué preciso el término separatismo para que pareciese tolerable el título de autonomista.

Capitaneaban el autonomismo, entre otros, Montoro, Saladrigas, Figuerola y Leyva. En la Península representaba el ideal autonomista don Rafael María de Labra. Querían los autonomistas:

1.º Los derechos individuales. 2.º Admisión á todos los cargos públicos. 3.º Separación del mando civil del militar. 4.º Las mismas leyes para Cuba y Puerto Rico que para la Península, con las modificaciones que fuesen necesarias, atendiendo á los intereses locales; pero siempre en sentido descentralizador. 5.º Supresión de los derechos de Aduanas.

Por su parte, el de Unión constitucional se limitaba á escribir en su programa:

1.º La aplicación íntegra de la Constitución española á las provincias de Cuba. 2.º La *posible y racional asimilación* de las leyes orgánicas de la Península. 3.º Ingreso de los insulares en los cargos públicos. 4.º Ley de responsabilidad judicial. 5.º Supresión de los derechos de exportación. 6.º Celebración de tratados de comercio. 7.º Represión de la vagancia. 8.º La reforma arancelaria cuando lo permitiera el estado del Tesoro.

Era defensor de este partido en la Península, don Francisco Romero Robledo. Presentó, en Marzo, el general Calleja su dimisión, y fué en Julio de aquel año de 1887 substituído por el general Marín.

A medio año llegó apenas el gobierno de Marín. Durante él declaró el estado de guerra en las zonas de las provincias de la Habana, Pinar del Río, Matanzas y Santa Clara, lo que fué, en realidad, echar leña al fuego.

Es verdad que los revolucionarios, á despecho de importantes desprendimientos que en la época de Calleja experimentaron, como los de Julio Sanguily, Pedro Torres, Zambrana y Flor Crombet, trabajaban en el exterior más que en el interior, con entusiasmo y perseverancia, ya celebrando Juntas, como la presidida por Estrada Palma en Nueva York el 10 de Octubre, ya constituyendo clubs que atrajesen recursos á su causa; pero aún hubiera sido tiempo de conjurar la tormenta, si hubiese habido en Madrid y en el elemento español de Cuba serenidad y buen juicio.

El 12 de Febrero de 1889 realizó Salamanca su deseo de ser nombrado capitán general de la isla de Cuba.

Esta movilidad de capitanes generales demuestra por sí sola que carecía la Metrópoli de todo pensamiento concreto respecto á sus intereses en la Isla.

No pudo Salamanca desarrollar grandes iniciativas. Sobre que se hallaba muy quebrantada su salud, se le combatía en Madrid demasiado.

Murió el 6 de Febrero de 1890.

En Octubre anterior, el 10, como todos los años, celebraron los revolucionarios un *meeting* conmemorativo del aniversario del levantamiento de Yara. Realizóse el acto en el salón Hardman de Nueva York y anunciaron en sus discursos próximos trastornos, Martí, Estrada Palma y Quesada.

Tras Salamanca fué al mando superior de Cuba el general Chinchilla.

Chinchilla duró de Febrero á Agosto. Durante su breve gobierno es de registrar como suceso más culminante el disgusto que produjo á Maceo, con quien el general tuvo en Abril una entrevista, la negativa del nuevo jefe supremo de la Isla á cumplir ofertas que su antecesor Salamanca había hecho al jefe revolucionario.

En substitución de Chinchilla fué á Cuba Polavieja. En Cuba permaneció este general más de año y medio. Su primera providencia, al desembarcar en Santiago de Cuba, fué telegrafiar al gobernador para que ordenase á Maceo salir de la Isla, poniendo á su disposición un barco de guerra.

Despechado Maceo por la conducta de Chinchilla, se había propuesto dispo-



Estrada Palma.

ner, desde luego, la lucha con España, y á este fin se había atraído nuevamente á Flor Crombet y recorrido los más importantes pueblos del departamento oriental. La orden de expatriación no se limitó á Maceo. Extendióse á otros caracterizados revolucionarios, entre ellos á Flor Crombet.

Disgustaron á Polavieja las reformas implantadas en Cuba por Real Decreto de 31 de Diciembre de 1891, entendiéndolas negación de su política, y presentó su dimisión. Reemplazóle, en Junio de 1892, Rodríguez Arias, que no conservó el puesto más de un año.

Durante este tiempo subieron al Poder los liberales en la Península, fué Maura ministro de Ultramar y se propuso realizar sus reformas; pero cayó Maura, y después de Becerra, ocupó el Ministerio Abarzuza, que á pesar de proceder del campo republicano, substituyó los de Maura por planes favorables á los elementos conservadores.

Los autonomistas, que habían concebido grátas esperanzas, viéronse nuevamente defraudados.

El 7 de Agosto de 1893, substituyó á Rodríguez Arias en Cuba el general Calleja, que apenas duró año y medio en esta segunda etapa de su mando.

Ya en sus postrimerías, en Febrero de 1895, llegóse á la famosa fórmula de concordia respecto de las reformas antillanas, que acabó por hacer suyas el partido conservador.

Estas reformas del señor Abarzuza, se reducían á lo siguiente:

«Conservábase en la isla de Cuba la organización provincial, entonces vigente. Estas corporaciones habían de formar sus presupuestos.

Se organizaba un Consejo de administración, cuyos vocales serían la mitad de nombramiento de la Corona, y la otra mitad electiva, que se renovaría cada cuatro años. La renovación de éstos quedaba al arbitrio del gobierno. El Consejo estaría presidido por el Capitán general de Cuba, al cual se reservaba todas las atribuciones que le concedía el proyecto de Maura. No formarían parte del Consejo los vocales natos;

pero éstos formarían Junta de autoridades, que funcionaría con independencia de aquél. El Consejo haría el presupuesto general de la isla, sería examinado por el gobierno y aprobado por las Cortes.

Se reconocía á los Ayuntamientos el derecho de alzarse ante el Consejo de los acuerdos de las diputaciones respectivas.



Antonio Maura.

En la parte electoral se limitaba la fórmula de concordia á unificar el procedimiento conforme al observado en la Península para las elecciones provinciales.»

Transigentes mostráronse, en verdad, los representantes del partido autonomista aceptando la famosa fórmula, según el diputado Montoro, «la página más brillante de nuestra historia nacional, porque encierra un progreso trascendental para las Antillas».

La fórmula tenía su importancia, sobre todo examinada á la luz de la política de nuestros partidos turnantes, que consideraban una desgracia la división del partido de Unión constitucional en dos: de Unión y Reformista: el de Unión, representante en la Antilla del conservador peninsular, y el Reformista del liberal.

Por el partido Reformista habló en la sesión del Congreso en que se adoptó la fórmula el diputado Amblard, como por el autonomista había hablado Montoro.

*
*
*

En uno de los últimos meses de 1894, murió en Puerto Príncipe, Francisco Sánchez Betancourt, uno de los constituyentes de la Cámara de Guáimaro.

José Martí le consagró un artículo que da completa idea del estado de la opinión pública en aquellos días, precursores del alzamiento definitivo de la Gran Antilla.

«EL ENTIERRO DE FRANCISCO SÁNCHEZ BETANCOURT.—Sublime día hubo en Cuba, á los albores mismos de la guerra, como cuando sobre la serranía negruzca empieza á aclarar el cielo azul. Cinco cubanos, nacidos en el regalo infame que daba al amo el trabajo de sus siervos, abrieron, trémulos de gozo, las puertas de la vida á la raza que desde la niñez vieron encorvada sobre el cañaveral, ó colgando, en las ansias del suicidio, de las seibas del bosque. Los cinco de la asamblea del Camagüey, que declaró el veintiséis de Febrero del sesenta y nueve abolida la esclavitud en Cuba, eran el marqués de Santa Lucía, los dos Agramontes, Ignacio y Eduardo, Antonio Zambrana y Francisco Sánchez Betancourt, el hombre que salió tísico á la guerra, tísico, á rastras, en el hueso, moribundo.

De su silla de enfermo fué penoso á la mesa de la junta aquel hombre enjuto, que por lo negro de la barba ganó el apodo de «el Cao», de tez tostada como nuestro maíz, con la frente vasta del entusiasmo y los pómulos recios de la voluntad, y la mirada melancólica y honda que conoce y cura las infamias del mundo: y con



Arturo Amblard.

la mano lúcida de los que van á morir firmó el decreto de emancipación de sus semejantes. Vivió toda la guerra, por la extraña salud que da el honor, y la energía del campo libre, y el afán de hacer bien. Ahora aquella mano yace inmóvil, como jurando aún, bajo el féretro cubierto de las coronas de Cuba agradecida, de su Camagüey incorrupto y reverente. *Patria* labra en su corazón, con las manos dolorosas, una flor de hijo, y la pone sobre el cadáver de aquel hombre amado. Se aborrece á los viles, y se ama, con las entrañas todas, á los hombres poderosos y bravos.

Hay hombres de luz nula, que pasan por la tierra quemando y brillando, como el bólido roto que cae desde el cielo, parecido á las almas que descienden de su propia virtud, y silban y chispean, á modo de serpiente agonizante; y hay otros de luz continua y tenue, que esplenden, como las estrellas leales, en la noche pavorosa. Cuando se vive en villanía, no hay más que un pensamiento honrado, que ha de morder el corazón hasta que estalle y triunfe, y de quemarlo como una llaga, y de despertarlo, en el reposo inmerecido:—y es el de echar la villanía abajo. En la deshonra, en la usurpación insolente del suelo en que se nació y del espacio en que pudieran abrir las alas nuestras facultades, en el comercio, hediondo como el pus, con la ralea que roba á nuestra tierra los frutos de su suelo y el decoro de sus hijos, y los corrompe y empobrece, sólo una especie de hombres puede vivir sin la perenne idea de mudarle el aire al cielo impuro: los hombres deshonrados. Destiérreseles del trato, y húyeseles como á la peste. Hombres hay para el pesebre, que viven de estrujar y de engullir: hombres de corral, á la verdad, que en el cieno están bien, que es blando y engorda. Pero Francisco Sánchez, en el sillón de su vejez, tendía al morir las manos, y veía afuera, por la ventana de la casa en que nació, aguardando á que antes de caer en esta vida, le besase los ojos la claridad de redención que de seguro acariciará algún día su sepulcro.

Por el desinterés son bellos los hombres; y feos, y aun abominables, por el interés excesivo, que de la legítima prudencia saca excusa para la inactividad y la avaricia. Como son bubas en el rostro y jorobas en la espalda andan por el mundo los que en las cimas de él, y á la hora en que trabajan por remediarlas los corazones poderosos, pasan de prisa y como escondidos por donde el deber labra y padece, para que el deber no les sienta el paso egoísta, y no les pida una migaja de su pan. Mañana, cuando el esfuerzo haya triunfado, como Washington hambriento triunfó solo de Cornwallis, como Bolívar deshecho triunfó sobre Monteverde, como Juárez arrinconado triunfó luego sobre Maximiliano, la patria amorosa pondrá de una parte á los que la tomaron de la mano en su agonía, y alargaron el agua á su sed, y dirá: «Estos!»: é inflexible, y con mirada que será como un látigo cosido á la carne, se volverá á los que la desampararon, so capa de desencanto ó de duda, y dirá: «Esos!» Hay diferentes modos de dormir, en la soledad de las tumbas: y en el orden largo y encadenado de la naturaleza, en que un árbol ó una peña duran siglos, no puede en una sola vida acabarse el

hombre que les es superior; ni el que vió en calma y sin amor la desdicha de sus semejantes, y el anhelo de las almas briosas por su redención, podrá, aunque se lleve al ataúd la leontina de oro, hombrearse con los que depusieron su interés para aumentar la libertad humana, ó robustecieron el brazo dispuesto al sacrificio. La lisonja inútil del mundo acaba tal vez en la tumba. ¡No hay cuenta que no se pague en la naturaleza armoniosa y lógica; y para no llevar cual una cadena al pie el deber desatendido, cúmplase el deber, por la ventaja mundana y moral que hay en cumplirlo, y llévesele como título y como ala. La generosidad da buen dividendo!

Francisco Sánchez Betancourt todo lo dió: él tenía casa rica, y se fué de ella á la pelea y á la desnudez: él tenía mujer leal, é hijos que le eran como una piña de corazones, y á pelear se los llevó, y les vió sin temblar los pies ensangrentados y descalzos: él era prohombre en su comarca; caballero de volante y caballo, amo de bestias y de gentes, muy saludado por jueces y gobernadores, y prefirió preparar la revolución, con peligro continuo de la vida, acabar en la pelea, con responsabilidad de cabecera, la existencia que al irse extinguiendo busca el postrer calor de la esposa y de las criaturas, y guiar á su comarca en la hora viril de despojarse de la riqueza injusta, y batallar con su país, y caer con él en la derrota y la miseria. Sus puestos no importan aquí, que en nuestra república fueron los más altos; sino aquel tesón que no se le cayó nunca del alma, ni cuando veía correr por el Máximo la sangre de su Camagüey querido, y velarse, como de una obscuridad mayor que la de la tierra, los palmares del Tímina sereno, y humear las ruinas del opulento valle, desde la cumbre justiciera de los Caciques, ni cuando, vuelto de su viaje de desolación á la nieve yankee, retornó, como llamado por las raíces, á la tierra sacra donde, como en su corazón, jamás, por sobre tibiezas transitorias y mínimas, han renunciado los hombres á ganar con su sangre el color de la honra para sus mejillas y el seguro de la independencia para su bienestar.

Jamás. Allí los hombres canosos y barbados rompen á llorar, ó palidecen, si oyen la duda leve de que, á la hora del esfuerzo, se les acobarde el brazo. Allí el patriotismo joven, calentado en el amor al hombre egregio que trocó al fin en mansedumbre su nativa arrogancia, lleva el celo de la libertad hasta la indignación que, ante las filas enemigas, unirá á la santa mocedad y á la despaciosa timidez en el fuego de un durable abrazo, y se mudará en amor y orgullo por las mismas almas valerosas que en un instante de olvido ó de fatiga se anublaron con la culpa. Allí desamarían de seguro la guerra pueril y aventurera, que ha de mirar el cubano prudente como enemiga mayor de la libertad, y sustituto peor que los mismos excesos de la servidumbre; y montarán á caballo, como invencible caballería, las barbas y los bozos impacientes, y húmedos de llanto, que rodeaban en las guardias de vela el cadáver del anciano fiel, muerto tal vez con la suprema dicha de ver resucitar, en el ímpetu y el orden que le anuncian el

triunfo, la pelea necesaria y virtuosa para vivir al fin como dueños seguros de la tierra feraz en que nacimos.

¡Ah! una tristeza nos queda! Camagüey entero, con imponente honradez, se agolpó al paso del «patriota Francisco Sánchez», de aquel «que en su corazón tuvo por culto el amor á Cuba», del que «en su nombre llevará siempre nuestra historia». Ante la santa muerte se apretaron, con una sola voz, como augurio de aquellos días que arrastrarán á la grandeza los reparos perezosos, los que ayer se probaron el honor y lo hallaron bueno para toda la vida, y los mismos que con su tarda decisión no alcanzan á encubrir el pudor ofendido que se desbordará al cabo de las almas. Aquellos de otra zona,—crespos y atezados, en un continente que renace, por la hoguera del sol,—aquellos que él con sus manos levantó á la libertad y al gozo de la vida, seguían, balbuceando conmovidos la bendición, al que en el barro de la esclavitud les encendió la chispa de hombre. La juventud camagüeyana iba, descubierta, detrás del «patriotismo constante». Con rosas del jardín que le vió nacer le tejieron una corona para su sepulcro, rosas calladas, como lágrimas de sangre. Y el anciano que fué leal al honor, y no apagó nunca la verdad de su pueblo, salió de la casa en hombros de sus hijos. Nuestro hombre faltó allí; pero en su tumba no faltará nuestra rodilla.»

*
* *

En Noviembre de 1894 estaban los trabajos revolucionarios adelantadísimos.

Contaba la revolución con cuatro importantes núcleos en el exterior: uno en New York, dirigido personalmente por Martí; otro en Key West con Roloff y Serafín Sánchez; otro en Costa Rica, con Maceo y Flor Crombet, y el último en Santo Domingo con el general Gómez. Cada uno de estos centros se comunicaba directamente con Martí.

El plan concertado consistía en invadir la Isla por tres puntos á la vez y con elementos suficientes para ayudar á los que en el interior levantasen la bandera revolucionaria.

Una expedición, mandada por Maceo y Flor Crombet, desembarcaría en la parte Norte de Santiago para unirse á Guillermo Moncada, á Bartolomé Massó y á las fuerzas de Holguín. Al mismo tiempo Máximo Gómez, con doscientos ó trescientos hombres, entraría por Santa Cruz del Sur, provincia de Puerto Príncipe, y Roloff y Serafín Sánchez en las Villas, debiendo sublevar Julio Sanguily y José María Aguirre, Cienfuegos, Jagüey Grande y Matanzas.

Contaban los revolucionarios con tres vapores: *Amadis*, *Lagouda* y el *Baracoa*.

Facilitó á Martí la organización de este vasto plan Mr. Borden, comerciante de Fernandina, por lo que la empresa recibió el nombre de *Plan de Fernandina*.

Descubierta la conspiración al Gobierno de Washington, comunicó éste sus noticias al representante de España, y todo pareció en un momento perdido para los revolucionarios.

Pronto se rehicieron, gracias á la infatigable perseverancia de Martí, y el 30 de Enero de 1895, reunidos en Nueva York Collazo y *Mayía* Rodríguez, en casa de Gonzalo de Quesada, después de enterar Martí á sus compañeros del estado de la conspiración, decidieron que el levantamiento no fuese realizado antes del 15 de Febrero, y dirigieron órdenes en este sentido á Guillermo Moncada en Santiago de Cuba; al Marqués de Santa Lucía en Puerto Príncipe; á Francisco Carrillo en Remedios, y á Juan G. Gómez, para su comunicación á Sanguily y Aguirre.

Mientras Gonzalo de Quesada se dirigia á Tampa y Key West, Martí, *Mayía* Rodríguez y Collazo, fueron á bordo del vapor *Atlas*, á Cabo Haitiano, donde recogieron el dinero que se les había ofrecido. Llegaron el 6 de Febrero á Santo Domingo y poco después á Monte Christi, donde Máximo Gómez, después de aprobar lo hecho, entregó á Martí las cantidades que conservaba de las partidas que había recibido de Nueva York.

Faltaba ya sólo que los revolucionarios del interior de Cuba señalasen el momento.

El largo período preparatorio de la guerra y el descubrimiento de la anterior conspiración habían suministrado á las autoridades españolas demasiados datos para que no fueran pocos los revolucionarios á quienes interesaba anticipar todo lo posible la fecha del levantamiento para librarse de la situación violenta en que los tenía comprometidos una rigurosa vigilancia.

Sobre el señalamiento de fecha y el lugar en que estalló la guerra, escribió años después, aclaraciones interesantísimas el caudillo revolucionario, Quintín Banderas.

Protesta Banderas de que se vinculase las glorias de la revolución en el llamado grito de Baire.

He aquí la carta y manifestaciones:

« Señor Director del *Diario de la Marina*. — Estimado amigo: habiéndome chocado altamente que en las fiestas celebradas en conmemoración del sexto aniversario del 24 de Febrero, hubiera varios oradores que vincularan las glorias de esta revolución en un grito que ellos llaman de Baire, quiero hacer constar, — y espero que usted me cederá un pequeño espacio en su bien redactado periódico, — que el pronunciamiento surgió única y exclusivamente de la ciudad de Santiago de Cuba, sin que por ello se menoscabe la participación gloriosa de los demás pueblos pronunciadores.



Máximo Gómez.

» Le anticipa las gracias su atento servidor, QUINTÍN BANDERAS.

» A fines de Enero de 1895 la conspiración había sido descubierta por las autoridades españolas, é inútil es decir que los conspiradores éramos vigilados muy de cerca; yo sobre todo, comprendía que estaba acosado por los esbirros del gobierno. Y como en aquella época residía en una finca rural algo distante de la ciudad, resolví, para librarme de un golpe de mano, trasladarme á mi morada de Santiago de Cuba.

» Una vez en Santiago y con medios eficaces para abreviar el levantamiento, cité á varias personas comprometidas en la conspiración, y como yo, vigiladas también por el gobierno.

» Asistieron á esta reunión, que tuvo lugar el día 27 de Enero en la casa de la calle baja de San Antonio, morada del señor Casimiro Borme, asistiendo éste y los señores Francisco Sánchez Echevarría, Juan Palacios, Lcdo. Andrés Silva, Joaquín Planas, Adeodato Carbajal Duarte, Aniceto Serrano y el que escribe estas líneas.

» En esta reunión di cuenta del oprimido estado en que me tenían los esbirros del gobierno y que era preciso hacer algo viable para ultimar el movimiento. Nada pudo resolverse. Se discutió sobre el día en que debíamos pronunciarnos, conviniendo todos en aplazarlo para cuatro meses después.

» Triste decepción para mi espíritu, que animado del más acendrado patriotismo y ardiendo por comenzar la lucha armada contra los eternos opresores de las libertades cubanas, veía defraudadas todas mis esperanzas, vigilado de cerca por el gobierno español y cada día más estrechado por el espionaje que me estrechaba sin cesar, al extremo de no atreverme siquiera á transitar por los caminos que acostumbraba, temiendo á cada rato caer prisionero.

» En estas circunstancias resolví alejarme de las playas de Cuba para pasar quizás el resto de mi vida en un país extranjero, sin poder aspirar el ambiente halagador de los bosques de mi patria, ni contemplar su puro cielo, en una palabra, pasar de la vida á la muerte.

» El mismo día de la reunión que acabo de narrar, fui á ver al doctor Tomás Padró para que me diera una tarjeta para el doctor Joaquín Castillo Duany, con objeto de solicitar de él me proporcionara pasaje por la vía americana para marcharme al extranjero. Serían las nueve de la noche cuando hablaba con el doctor Castillo, el cual me decía que no sabía de ninguna embarcación que saliera para Norte América; pero que estaba enterado de una goleta que se daba á la vela para Jamaica.

» A este punto había llegado la conversación, cuando vino un individuo, diciendo que me llamaban de la casa de un abogado que vivía en la calle de Santo Tomás á dos puertas de la farmacia de Bottino.

» Dejé al doctor y me dirigí al lugar donde se me solicitaba.

» Al llegar allí, lo primero que se me preguntó si era cierto que yo quería salir de Cuba, á lo que contesté que tales eran mis intenciones. Al preguntarme los

motivos de mi resolución, les respondí que me veía vigilado muy de cerca por las autoridades españolas y que como estaban en antecedentes de todos los planes que fraguábamos, me era imposible esperar los cuatro meses que se había acordado que pasaran para verificar el movimiento revolucionario.

» Me instaron para que de modo alguno me marchara, pues ellos vinculaban en mí toda su confianza y no consentirían bajo ningún concepto mi partida, supuesto que no contaban con más jefe que yo para encauzar el levantamiento en armas, dado que el general Moncada se complacía en retenerlo; les objeté que ellos, los hombres de la inteligencia, serían los únicos responsables al formarse el Gobierno que había de sancionar nuestros acuerdos y justificar nuestros hechos.

» En vista de lo avanzado de la noche, resolvimos suspender la sesión para continuarla al día siguiente á las once de la mañana.

» Efectivamente, á la hora indicada, nos reunimos los mismos de la noche anterior, en la calle de San Antonio, en la morada del señor Alfonso Goulet. Allí les hice, entre otras, la siguiente pregunta: que para cuándo, en qué lugar y en qué forma debía verificarse el levantamiento.

» Me contestaron que ellos deseaban que yo me pusiera al frente y que lo más pronto posible lo verificara, porque ellos también se hallaban comprometidos. Al oírles en tan firme resolución, les dije que para abreviar debíamos estar en armas en el mes de Febrero. Quedamos de acuerdo, y entonces les dije: busquemos en el almanaque un día de fiesta notable.

» Abierto el almanaque, notamos que en ese mes caía el Carnaval el día *veinticuatro*. Día memorable, que á estas horas en que escribo estas líneas, ¡sabe Dios cuántos se estarán disputando la gloria de haberlo designado!

» Después de convenida la fecha, dije: para ese día estaremos en armas y yo al frente de los revolucionarios. Esta noche irán ustedes donde está el general Moncada y le dicen que ustedes se ven en el preciso caso de levantarse en armas el *veinticuatro* de Febrero, y que él pasará comunicaciones al exterior y á todas partes, anunciando la guerra para ese día.

» Así, pues, la gloria del *veinticuatro* de Febrero, se debe á los pocos hombres que me acompañaron y cuyo denuedo y bizarría está probado á todas luces; pero como estos acendrados patriotas, tal vez por un exceso de modestia permanecen alejados de la actividad política, el pueblo de Cuba echa en olvido á esos patricios



Quintín Banderas.

beneméritos, sin cuya cooperación el *veinticuatro* de Febrero no hubiera surgido como fecha luminosa de la emancipación de Cuba.—QUINTÍN BANDERAS.»

No es sólo Quintín Banderas quien disputa la gloria de la iniciativa de la guerra á Baire.

En 1901 se imprimió en Guantánamo un folleto dedicado á demostrar que al grito de Baire precedió el que en 24 de Febrero de 1895 dieron 16 hombres al mando de Periquito Pérez, á las cuatro de tarde, en la finca *La Confianza*, de Luciano Peguero. Levantóse acta proclamando la independencia de Cuba, acta redactada por Giró (Emilio) y firmada por todos los presentes.

«El autor del folleto, escribió *El Nuevo País*, de 23 de Febrero de 1901, considera que es una injusticia histórica atribuir á Baire la gloria que corresponde á Guantánamo, de haber iniciado la guerra de independencia. Cita lo dicho por el *Diario del Comercio*, periódico español, el día 26 de Febrero de 1895:—«Las fuerzas levantadas en armas sabemos que van capitaneadas por un tal Durán, perfectamente desconocido en esta comarca, y por los vecinos don Enrique Brooks, don Bartolomé Madariaga, don Victoriano Lugo y don Prudencio Martínez, los cuales van reclutando gente voluntaria y forzosamente. De cabecillas probables también se habla, distinguiéndose entre éstos á Periquito Pérez, don Emilio Giró y otros varios que simpatizan con la revolución y que de antiguo se sabe que conspiran por la independencia de Cuba.»

»Pérez se alzó con su familia de orden de Guillermo Moncada jefe de Oriente, saliendo de su finca, *Boca de Jaiba*, el 24 de Febrero á las 9 de la mañana. A las tres de la tarde de ese día fué tomado por sorpresa el fuerte español de Hatibonico. Aquí corrió la primera sangre española, y en Ulloa la primera sangre cubana.»

Es evidente que la guerra que había de dar al traste con el imperio colonial español, estalló el 24 de Febrero de 1895 y á un tiempo en diversos pueblos de la Isla de Cuba.

No es extraño que no sea uno solo el que pretenda el honor de haber sido el primero.

La circunstancia de haberse entendido el más numeroso el grupo revolucionario levantado en Baire, ha determinado el que aquel movimiento sea designado con este nombre..

Morales, en su ya citada obra, *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana*, dice:

«El movimiento revolucionario de Occidente en nuestra guerra de independencia de 1895, fué iniciado por la Delegación revolucionaria de la Habana, en acuerdo tomado en junta celebrada seis ú ocho días antes del alzamiento por los jefes que habían de iniciarlo, en la casa calle del Trocadero, número 74 $\frac{1}{2}$, donde á la sazón vivía el malogrado Antonio López Coloma.

Concurrieron á dicha reunión el Delegado en Cuba; Juan Gualberto Gómez, jefe de la conjuración en toda la Isla, periodista distinguidísimo que había sido

redactor de *La Tribuna* de Madrid al lado de Rafael María de Labra, de *La Lucha*, de *La Igualdad* y de *La Fraternidad*, de gran talento, de sólida instrucción, sugestiva palabra y un gran patriota; los señores Doctor Pedro Betancourt, Antonio López Coloma, Martín Marrero, S. Cristóbal, Vidal, Joaquín Pedroso y otros, hasta completar el número de once, que eran los designados para iniciadores del movimiento y que tenían sus respectivos títulos de jefes expedidos por la Delegación.

Después de haberse pospuesto la fecha del pronunciamiento por dos veces en el espacio de tres meses, se acordó, para calmar las impacencias de algunos que ya se veían muy comprometidos, señalar el 24 de Febrero para el alzamiento.

El mencionado día, á pesar del solemne compromiso contraído, sólo tres de los once jefes concurren al lugar designado en Occidente. En el ingenio *La Ignacia*, en Ibarra, barrio de la Guanábana, provincia de Matanzas, el comandante Antonio López Coloma al frente de dieciséis hombres. En el potrero *La Yuca*, en el cuartón de López, término municipal de Jagüey Grande, el comandante Martín Marrero, al frente de dieciocho hombres, y en la Sabana de los Charcones, término municipal de Aguada de Pasajeros, se presentó el teniente coronel Joaquín Pedroso y Mantilla, al frente de treinta y ocho hombres.»

En Oriente, el 22 de Febrero de 1895, salió Bartolomé Massó Marquez, de Manzanillo, para esperar al amanecer del 24 é iniciar el movimiento. Acompañáronle entre otros Amador Guerra y Enrique Céspedes, que se situaron en Calicito, á menos de una legua del poblado, para dar allí el grito al amanecer el día señalado.

El 23 salió Massó para Bayates para organizar allí el levantamiento.

El mismo 24 de Febrero por la noche tuvo el Gobierno español noticia del movimiento insurreccional.

Celebró al día siguiente Consejo de Ministros, y en él Abarzuza, consejero de Ultramar, se atrevió á afirmar comentando un telegrama del Marqués de Apezteguía, que sólo se trataba de la represión del bandolerismo.

El telegrama del Marqués decía:

«Habana, 24 Febrero (recibido el 25 á las doce del día). Suspendidas las garantías constitucionales. El partido de *Unión Constitucional* ofrecido su apoyo á la primera autoridad de la Isla.—APEZTEGUÍA.»



Juan Gualberto Gómez.

A pesar de los optimismos del ministro, el Consejo acordó manifestarse conforme con que el general Calleja adoptase las medidas convenientes, aplicando, si las circunstancias lo exigían, las leyes de orden público y hasta la de secuestros, previa siempre consulta á la Junta de autoridades.

Nada había pedido el general Calleja; pero el Gobierno se dispuso desde luego á enviar 6,000 hombres.

Costumbre es observada en todos los Gobiernos de la Restauración, la de ocultar sistemáticamente la verdad á la opinión, con lo que ó los sucesos menos importantes adquieren alarmantes proporciones, ó los más graves no logran, tardíamente conocidos, interesar á nadie ni atraer aquella benéfica acción que ejercen los pueblos conscientes en momentos críticos en las decisiones de sus Gobiernos, amparándolos con su confianza ó espoleándoles con su energía.

Se siguió en esta ocasión, según se ha visto, el eterno sistema de disimular y escamotear las noticias alarmantes.

Para reducir á unos cuantos bandoleros, no teníamos bastante con los 14,000 hombres que á Cuba habíamos enviado, y era preciso embarcar ahora 6,000 más.

Desgraciadamente, la ignorancia del País y aun de muchos de sus pretendidos directores, permitía el engaño.

Todavía remitió el Gobierno á los gobernadores de provincias una circular telegráfica así concebida:

«Como al propio tiempo que los partidos políticos de Cuba afianzan con su patriótica actitud la normalidad política y la paz moral en aquella Antilla, no cesa el bandolerismo en los campos á pesar de los es-

fuerzos de las autoridades, se ha puesto allí en ejercicio la ley de orden público con el firme propósito de extinguir todo gérmen de perturbación. Rectifique V. E. cualquier noticia que pueda propalarse como fines reprobados.»

Aunque ello parezca mentira, el propio capitán general de Cuba, Calleja, ó trató de ocultar la verdadera importancia del levantamiento ó fué tan inocente que no se dió cuenta de ella.

El 27 de Febrero, anunció al ministro de la Guerra, en telegrama cifrado, la muerte en un potrero de la provincia de Matanzas, de Manuel García, un bandolero á quien se llamó *rey de los campos* y que quizá en aquellos momentos había encontrado algún calor en elementos separatistas, deseosos de multiplicar las dificultades al Gobierno.



Marqués de Apezteguía.

Con Manuel fueron muertos por la Guardia Civil otros tres de su partida.

El ministro de Ultramar, en el Consejo de Ministros celebrado el 27, no pudo dar, además de esa, otra noticia que la de que el foco más importante y casi único de la insurrección se hallaba en la provincia de Santiago de Cuba, y que contra una partida de 105 hombres iba el general Lachambre con fuerzas de ejército. Agregó que en el barrio rural denominado Baire se había proferido algunos gritos de *¡Viva Cuba libre!* y que entre los sublevados figuraba el periodista de color Juan Gualberto Gómez, hasta entonces tenido por autonomista.

En el Senado y en el Congreso, dió el Gobierno las mayores seguridades á cuantos formularon preguntas y afirmó rotundamente que se trataba de un hecho sin importancia y que Cuba entera estaba al lado de España y frente á los separatistas.

No se dió Romero Robledo por convencido y pidió que se enviase á Cuba lo antes posible 20,000 hombres.

A los pocos días y á pesar de la convicción de Martínez Campos, de que sólo el anuncio de la salida de tropas de la Península enfriaría el entusiasmo de los rebeldes, y de los telegramas que acusaban tranquilidad en la Habana, Matanzas, Santa Clara, Las Villas y Pinar del Río, hubo el Gobierno de convencerse de la gravedad de las circunstancias, y en el Consejo de Ministros del 3 Marzo acordó la salida inmediata del crucero *Reina Mercedes* para auxiliar la acción militar de la campaña. La primera expedición que saldría compondríanla 8,500 hombres; le seguirían con la mayor rapidez posible 1,500 más. Con éstos y otros 10,000 y con cuantos necesitase brindóse al general Calleja.

Aquel mismo día 3 telegrafiaba Calleja esta significativa frase:

Continúan gestiones pacificadoras para conseguir depongan las armas insurrectos.

Harto claramente demuestran estas palabras que acabó pronto Calleja por conceder al movimiento la importancia que tenía, y quiso probar de cortarlo en flor.

El 6, alarmó un tanto aquí á la opinión la noticia de que Martínez Campos se mostraba pesimista y la de la prisión, en la Habana, de algunos comerciantes importadores de efectos de caza y armas que vendían pertrechos de guerra á los separatistas.

Los telegramas del día 7 eran más tranquilizadores; pero no tanto que jus-



José Lachambre.

tificaran el discurso de tono exageradamente optimista que pronunció al día siguiente el general Martínez Campos, haciendo el elogio de Calleja y de Sagasta.

Por esos telegramas se verá muy claramente que eran precisas activas operaciones y que el movimiento era mucho más extenso de lo que en un principio se suponía.

Aquel día supose en Madrid que el buque de guerra español, *Conde de Venadito*, había lanzado disparos de cañón contra el vapor americano *Alliance*.

He aquí ahora los más importantes de los telegramas recibidos:

«*Habana*, 7. Ayer á las once de la mañana entró el general Garrich en Baire, abandonado por los sublevados, saliendo inmediatamente para Negros, donde suponen al enemigo.

Se sabe se les huyó mucha gente, y se han acogido á indulto 43 Partidas reunidas Guantánamo se dirigen á Ramón de las Yeguas, parseguidas. Llevan dos jefes heridos.

Partidas Villas va reduciéndose su número á unos cuarenta, habiendo excisión entre ellos. Siguen muy perseguidos, diciéndome general Luque puedo disponer fuerzas detenidas allí en su viaje á Santiago de Cuba por acontecimiento las Villas. Seguirán, por tanto, á Santiago de Cuba, por expresar general Lachambre tiene escasas fuerzas.—*CALLEJA*.» «*Habana*, 7 (recibido el 8). Presentados indulto ocho individuos más partida Santa Clara. Dicen obligóles tal determinación persecución incesante y repulsión general país.

Gobierno militar participa que varias columnas han recorrido extenso territorio sin haber huellas ni noticias de partida alguna. Considero pacificada provincia.

Noticias Santiago de Cuba confirman desorden y desmoralización de los rebeldes de aquella región por falta armas, jefes y plan; asegurándose que en jurisdicción de Manzanillo, donde hay más de treinta capitulados notables de la guerra pasada, sólo dos de los menos significados toman parte movimiento actual, condenándolo los restantes y trabajando activamente por establecer paz.

En poblaciones Cuba, Manzanillo, Bayamo y en el campo reinaba verdadera alarma antes del afortunado ataque general Garrich á rebeldes en Negros. Esto afirmará la confianza. Operaciones continúan activamente.»

A los cuatro días, el 11, hablaba *El Imparcial* de noticias recibidas én que se decía que circulaban rumores de próxima paz. Algunos jefes de la pasada guerra, como Ramírez, Colás, Villalvilla, Camino, Agüero, Céspedes, Comas y Álava habían decidido, después de presentarse al general Calleja, entablar gestiones á fin de conseguir un acuerdo entre los rebeldes y el Gobierno.

Comprobóse luego que, en efecto, la Junta autonomista, desde la Habana, envió al campo enemigo á Herminio Leyva y á Aguilera con la misión de celebrar una entrevista con Bartolomé Massó. Celebróse en la finca llamada *La Odiosa* y no produjo el resultado que los emisarios autonomistas se habían propuesto.

Manifestóles Massó que él y cuantos le seguían hallábanse decididos á triunfar ó morir en la demanda hasta conseguir la independencia de Cuba.

Insistió luego Leyva con la siguiente carta:

« *Manzanillo, 12 de Marzo de 1895.* Sr. D. Bartolomé Massó. — Muy señor mío. Ya sabrá usted el resultado de mi viaje á Santiago de Cuba, negativo en absoluto, pues no sólo se resistió el señor comandante general á conceder un minuto de plazo, sino que dió sus órdenes delante de mí para que se emprendiera la persecución de usted con toda actividad.

» En estas circunstancias y antes de retirarme á Manzanillo, quiero hacer el último esfuerzo, para evitar que se derrame inútilmente sangre de hermanos, cuya cantidad, sea cual fuere, está en tiempo todavía de evitarla, porque de lo contrario caerá gota á gota sobre el nombre de usted, manchándolo ante la Historia.

» El verdadero patriotismo, Sr. Massó, es como la valentía, grande, sublime; pero por lo mismo de su grandeza, no hay que confundir entrambas cosas con la temeridad; porque en ese caso se empequeñecen hasta arrastrarlas por el suelo.

» Es usted hombre de talento y de corazón, me consta; aunque no he tenido el gusto de tratarlo; á esas dos cualidades de su carácter apelo para que reflexione y las use en estos momentos críticos en favor siquiera sea de ese número crecido de cubanos inexpertos que ha lanzado usted al campo de la insurrección, con idea patriótica, eso es indudable para mí, pero bajo un concepto completamente equivocado, cuyas madres maldecirán mañana el nombre de usted cuando se despeje esta situación y se vea claro en el asunto, si usted insiste en llevarlos á un sacrificio inútil; porque la campaña emprendida por usted, tras de ser injustificada á todas luces, hoy por hoy tiene que ser estéril y contraproducente por añadidura por la felicidad de nuestro país.

» Vea usted sino, y se lo repito, después de nuestra conferencia en *La Odiosa*, cómo no le secundan las otras provincias cubanas; lejos de eso combatirán á Oriente, vuelvo á decirle, porque el país ha comprendido que la felicidad de Cuba no se ha de conquistar por medio de la guerra, siendo así, que la guerra será nuestro suicidio, y no hay país en el mundo civilizado que se suicide conscientemente.

» Aparte de esto, recapacite usted y vea que España tiene medios sobrados de acabar con el movimiento armado en poco tiempo: de Puerto Rico vienen tropas, de la Península han salido ya ocho batallones y vendrán todos los que crean necesarios.

» La insurrección, en cambio, no tiene material de guerra, ni lo espere usted del extranjero; yo se lo aseguro.

» Por otro lado, la mitad por lo menos de la gente que tiene usted alzada en armas, volverá á las poblaciones tan pronto como se vea perseguida por las tropas del gobierno.

» Sanguily (D. Julio) preso en la Cabaña; Juan Gualberto Gómez presentado; Yerro en Santo Domingo; Guillermón enfermo, echando sangre por la boca y acorralado en los montes de Guantánamo; Urbano Sánchez Hechevarría y dos hermanos suyos en Méjico.

» ¿Qué esperanza le queda á usted, rodeado de esa situación?

» Ha llegado, en mi sentir, el momento de probar al mundo entero que es usted un verdadero patriota, deponiendo las armas, cuyo acto, lejos de ser denigrante para usted, en política elevará su nombre en estos momentos á la altura que yo deseo verlo colocado eternamente.

» Al dirigir á usted esta carta cumplo con un deber de patriotismo, quedando mi conciencia tranquila al retirarme á la Habana, después de los esfuerzos que he realizado para contener la guerra; aunque traspasada mi alma de dolor, pues además de ser cubano soy hijo de esta región, apartada hoy del resto del país, por un acto de rebelión tan injustificado como inútil.

» Reciba usted las consideraciones del afecto, etc. HERMINIO C. LEYVA.»

El 13 comunicaba Calleja al ministro de la Guerra que el coronel Santocildes, con su columna, había tenido el 12 un encuentro con partidas insurrectas cerca de Bayamo y que las había producido 50 bajas, según comprobaba el general Garrich, que había acudido con fuerzas montadas en persecución de aquellos rebeldes. También habían salido contra ellos fuerzas de la guarnición de Bayamo. La columna de Santocildes tuvo seis heridos y algunos caballos muertos.

La guerra se formalizaba.

En la Península iba por momentos caldeándose la opinión.

Desde el 8 de Marzo menudeaban las despedidas patrióticas á las primeras expediciones de nuestro ejército que embarcaban para Cuba.

A las cinco de la tarde de aquel día pasaron por delante del Congreso los batallones del primer cuerpo que iban á Cuba. Abierta la puerta principal, colocáronse en la escalinata muchos diputados, el Marqués de la Vega de Armijo y los ministros de la Guerra y Hacienda. Las tropas oyeron muchos vivas á España, al ejército y á Cuba española.

Con igual entusiasmo fueron despedidas en Sevilla, Cádiz, Valencia, Barcelona, Santander, etc., etc.

¡Pobre juventud!
